

# El Eco de Cartagena.

AÑO XXIX.—NUM. 8266

DIARIO DE LA NOCHE

TELEFONOS NUMS. 4 Y 58

Cartagena.—En mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7.50 id.—Extranjero, tres meses, 11.25 id.—La suscripción empezará a contarse desde el 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

**LAS SUSCRIPCIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.**

Sábado 25 de Mayo de 1889

## LA VIDA ES CHOCOLATE.

Apurar, cielos, pretendo ya que me tratéis así por que voy, pobre de mí, el apetito perdiendo; aunque creo que ya entiendo cual es la causa en conciencia pues tuve la inadvertencia y comí el disparate de no tomar chocolate marca El Barco de Valencia.

Y ese delito se paga cuando se comete sin la debida autorización del pontífice D. Benigno Sánchez Risoño que desde su casa n.º 3 de la calle de la Caridad rige chocolateramente a media España.

Estos ricos chocolates se venden en latas iluminadas que contienen 6 paquetes una, del precio de 5, 6, 7, 8, 10 y 12 reales paquete; pedido en todos los ultramarinos y confitería de los Sres. García y Pareja.

## LA UNIÓN Y EL FÉNIX ESPAÑOL



COMPANIA DE SEGUROS R. UNIDOS

Domiciliada en Madrid, calle Océano 4 (paseo Recoletos)

### GARANTIAS

Capital.	12.000.000 pesetas
Reservas.	8.188.878
Primas.	32.887.016
	53.075.898

Esta gran Compañía nacional, asegura a prima fija contra incendios, los bienes muebles e inmuebles.

Sobre la vida, en todas sus combinaciones y especialmente las de Vida entera, Dotales, Rentas temporales de educación, Rentas vitalicias y Capitales diferidos, a primas más reducidas que cualquiera otra Compañía.

Dirigirse a los Sres. Vinda de Soro y C. a Subdirectores en Cartagena, plaza de los Caballos.

## ECOS DE MADRID.

24 de Mayo de 1889.

En vano surgen disidencias, coaliciones y altercados parlamentarios; en vano los teatros se esmeran en ofrecer obras interesantes como por ejemplo el «Estudiante de Maravillas» llamado a despertar y fortalecer el sentimiento del patriotismo; en vano convidan los escaparates de las librerías con la última preciosísima novela de Emilia Pardo Bazán, «Insolación»; en vano publican los periódicos interesantes detalles de la Exposición Universal que fija en París las miradas del mundo entero; nadie hace caso de todo esto al menos en Madrid; la única, la constante preocupación es, el hecho de que ha terminado para renacer de sus cenizas, porque hay motivos para creer que nos va a consumir la monotonía el día que se baje el telón por haber llegado ese terrible y repugnante día a su definitivo desenlace.

Que hay complicaciones políticas. Ya se aceptarán. Además eso sucede mientras que juicios orales con tantas peripecias no entran muchos en tribunal. Las comedias, las zarzuelas y los libros... todo eso es ficticio, pura imaginación. Donde están Higinia, Varela, sus abogados defensores y

los demás personajes episódicos no hay fantasía que llegue ni con mucho a la realidad.

Pero qué más. Siguen cometiéndose crímenes, un amante degolló a su amada días atrás, un mozo que había estado jugando a naipes con otro cambio con él algunas palabras poco cultas, se separaron y a poco fue a buscarle a un café donde estaba y de un pistoletazo le dejó en el sitio. Pues bien, todo esto pasa poco menos que desapercibido. Las Salesas, no hay más que las Salesas. Oír las acusaciones y las defensas, discutir a los oradores, enterarse del estado de los acusados, vivir en aquella atmósfera caliginosa, juzgar y sentenciar, gozar en el triste y doloroso espectáculo que en el fondo y la forma ofrece su proceso, es el afán, la pasión dominante.

Si fuera posible reflexionar con frialdad, no faltaría seguramente quien pensara que en vez de esos partidos, de esos bandos que se han formado y que se llaman *sensatos é insensatos*, no debía haber más que dos divisiones, la de los que desean que brille la justicia en todo su esplendor y la de los que tienen interés que suceda lo contrario.

Se han suscitado por desdicha antagonismos que han de ser muy sensibles entre las clases jurídicas y la prensa. Y como cuando la pasión nos domina no vemos con claridad, existen recelos en uno y otro campo, el amor propio sufre y el resultado final de todo esto no es el más lisonjero para la sociedad que tiene sus más poderosos elementos de vida precisamente en la Justicia y en la prensa.

¡Qué hermoso espectáculo sería el de una noble, franca y generosa reconciliación entre esos dos grandes poderes sociales! La prensa sin pasión, sin más fin que cumplir su misión que es llevar la luz a donde la obscuridad ha reinado; la Justicia aceptada con gusto ese auxilio y viendo en la inmensa publicidad de la prensa un medio de extender su influencia, de acreditar sus virtudes, de hacerse amar y venerar; unidas ambas fuerzas en el fecundo deseo del bien, que inmensos servicios prestarían a la sociedad sobre todo en estos momentos de crítica, de duda, de vacilaciones!

Desgraciadamente no sucede esto: debajo del periodista, debajo del magistrado está el hombre. Nadie quiere recibir lecciones, el yo se impone, y en esta lucha la sociedad es quien sale perdiendo.

Espectáculos como el que nos ha ofrecido el juicio oral que tanta resonancia ha alcanzado, no son los más a propósito para mantener en nuestra alma la esperanza y la fe que no pueden vivir separadas de la caridad.

Ayer tarde se celebró no sin solemnidad la inauguración de la Exposición con que convidan a Madrid el círculo de Bellas Artes. Acudió numeroso y distinguido público al Palacio de Cristal del Parque de Madrid y fueron objeto de merecida admiración muchos de los cuadros expuestos. Con la apertura de esta Exposición terminada la de los artistas que ha ofrecido trabajos de mucho mérito entre los que figuran algunos de la infancia

Boña Paz, y de los reputados artistas Domingo Ferrán, Lhardy, Sorolla y otros.

El Ateneo ha ofrecido una interesantísima velada en que la Sr. Marquesa de Parment, una distinguida poetisa malagueña leyó dos poemas que le conquistaron entusiastas y merecidos aplausos.

El Sr. Araujo, un pintor que es a la vez un discretísimo crítico de arte ha dado también en el Ateneo una conferencia sobre las estampas populares. Con el aparato de proyección mostraba engrandeciendo su tamaño las estampas a que se refería y esto constituyó una interesante y agradabilísima velada.

Falta hace que el arte y el talento nos lleven a menudo a regiones más puras que la que nos rodean cuando Melpomene vestida de chula y esgrimiendo la navaja es la musa que inspira los esparcimientos de nuestro ánimo.

Julio Nombela.

## Variedades.

Solución a la charada inserta en el número anterior.

PELUCA

### MI CARACTER.

La debilidad de mi carácter me hace desgraciado.

El hombre que se doblega a la voluntad de los demás, sin que la suya impere nunca, no puede ser feliz.

Los amigos que hoy se comocen con ese nombre, son la perdición del hombre débil.

A mí me han ocurrido peripecias tristísimas en esta vida, por no tener fuerza de voluntad, para entregarme a mis impulsos, desoyendo sus consejos, solo por no tener valor para rechazarlos con energía.

No hace aun un año que a ruegos de mis amigos asistí a una fiesta de campo, sin que a mí se me pasara el menor deseo de ser uno de tantos.

Como siempre, débil, fui a la fiesta.

Y que saqué de ella?... una papalina de padre y muy señor mío, y una paliza a última hora que me tuvo en cama 15 días, y de lo que aun me resiento en los cuartos crecientes de la luna. Y tres días antes de cada lluvia, con ó sin acompañamientos de truenos y relámpagos.

El viernes de la pasada semana, me propusieron dos amigos de café, que los acompañara el domingo a una pesquera.

Haciendo grandes esfuerzos, traté de evadirme, porque la pesca, no se amolda a mi carácter, pues me faltó valor para hacer una resistencia decidida, y a los argumentos de los amigos, hube de ceder quedando sentado que a las 4 de la mañana del día designado pasaria por mi casa para ir a embarcarnos.

Llegó la noche del sábado, y me acoqué algo más temprano que de costumbre para que el madrugón del día siguiente no me fuera tan molesto.

Era tanta la pereza, que yo tenía a pasar un día de pesca, que me desvelé, como si siguiera un funesto acontecimiento.

Siempre serian las 2 de la madrugada, cuando me rendí al sueño y me quedé dormido.

Imposible aplicar la resonancia desagradable que experimenté todo mi individuo a las 4, que entró el criado a la alcoba con mis amigos tocando diana: de marcha fúnebre me hizo a mí el efecto.

Estaba empeñada mi palabra y preciso era cumplirla.

Con una pereza de primera calidad me tiré al suelo, me lavé y vestí; tomé con los amigos una taza de café y nos pusimos en marcha.

Una barquilla con un hombre y en ella todos los aparatos para la pesca al por mayor, esperaba fondeada junto a un embarcadero del muelle.

Poro tardamos en llegar y ya allí, colocamos una gran cesta con comestibles que mis amigos habían dispuesto, en una de las banquetas de la barca, tomamos asiento y reposadamente empezamos a navegar como puede hacerse con dos remos y estos manejados por solo un hombre.

Después de mucho tiempo montamos el rompeolas y aprovechando una brisa fresca que saltó a la salida del sol dimos... es decir, el barquillero dió la vela, con cuyo auxilio la navegación se hizo algo menos monótona.

Conforme íbamos haciéndonos a la mar, esta se iba encontrando algo más pesada. La fragil embarcación se mecía blandamente sobre las rizadas olas que cortaba, y yo iba desazonándome sin darme cuenta de la clase, causa y especie de la desazón.

De pronto, creyeron mis amigos dar fondo, y recogiendo vela nos quedamos a disposición de la mar y en condiciones de dar comienzo a las maniobras que preceden a la pesca.

En efecto, todos menos yo se entregaron a la faena de calar redes etc. etc.

La barquilla, iba aumentando su inquietud balanceándose en todos sentidos y de todas maneras, mientras la desazón me aumentaba en crescendo dando vivas señales de que me amenazaba una crisis estomacal de eterna monotonía.

Una vez listas todas las maniobras, mis amigos dispusieron el almuerzo, en verdad digno de abrir el apetito de cualquier mortal; pero ¡ay!... la presencia de una tortilla de jamón, declaró mi situación, despejando todas las incógnitas usadas hasta el día por todos los matemáticos del globo.

El náutico pisó la escena, y mi boca se abrió hasta lo inconmesurable para ocuparse de lo que se ocupan todas las bocas de todos los mareados desde el descubrimiento del vómito y demás compañeros mártires.

Veinticinco minutos de arqueadas, miétras, contorsiones, reverencias y cuantas ridiculeces, puede hacer un hombre que cambia la peseta, me llevé del primer tirón.

Mis amigos almorzaron sin que yo pudiera disfrutar de nada. Reanperadas sus fúerzas sacó cada uno un buen tabaco habano, de los que hoy expende mi amigo Córdoba, y los encendieron como era natural.

El poco viento que corría trajo a mis narices el humo americano, y el mareo que descañaba en aquellos momentos se refirió tan brusco y violento, que en el primer embate salió de mi estómago hasta la leche de burra que había tomado tres años antes para combatir un vestriado pulmonar que con vestido de capitán en la procesión del Santo Estierro.

A las doce dispusieron mis queridos amigos levantar los aparatos y esta operación duró más de una hora, cuyo tiempo pasó yo haciendo señas al mar y largando hasta el último contenido de mi desfallecido estómago.

Llegó el momento supremo: la pesquera estaba hecha. Esta novedad me hizo volver la cabeza y ¡oh sorpresa! tres pares de cuartos lisos y un mujol, total, cinco y media de pescado fue el resultado de la mañana.

El fracaso era terminante. La ilusión de mis amigos se evaporó y después de echarlo